
EDITORIAL

Varias de las aportaciones del presente fascículo de *Oración de las Horas* fácilmente podrían ensamblarse bajo un denominador común al que le cuadraría bien un título algo así como "Oración y contemplación eclesial". Un encabezamiento de esta índole, por otra parte, no dejaría de ser interesante en vistas a la práctica de la vida cristiana, religiosa y monástica.

Si tratar de la oración y contemplación resulta ya sugestivo —sobre todo para los lectores de una publicación como la nuestra que trata precisamente de una de las facetas de la oración cristiana, la oración litúrgica— posiblemente aún resulte más interesante y novedoso la conjunción de los substantivos "oración-contemplación" con el adjetivo "eclesial". Porque si algo está hoy en crisis no es precisamente el valor teórico de la oración sino más bien la "práctica" de la oración eclesial como tal. Nos explicaremos.

Son muchos, a nuestro juicio, los que actualmente tienen verdadera dificultad en concebir una "práctica" de oración que no sea espontánea y llegan incluso a dudar de la autenticidad de cualquier tipo de plegaria "prefabricada", como dicen. La Oración de los fieles improvisada por los que participan en una celebración, juzgada con harta frecuencia como la forma de plegaria más auténtica, es una de las manifestaciones mayores —pero no la única— del fenómeno al que nos referimos. La tendencia a improvisar en el interior de la celebración toda clase de plegarias y a multiplicar todo tipo de moniciones es un hecho que se ha expandido por todas partes y que se juzga incluso como signo de vitalidad litúrgica. Y por esta vía

—nadie que reflexione sobre este fenómeno dejará de advertir que por lo menos el peligro existe— el individualismo puede abrirse una brecha que posiblemente llegue a destruir, o por lo menos a dañar seriamente, la oración comunitaria de la Iglesia.

Y junto a este deseo de oraciones más o menos espontáneas aparece otro fenómeno no menos inquietante y generalizado: el de convertir la asamblea litúrgica, que por su propia naturaleza es contemplativa y orante, en una catequesis o conferencia ininterrumpida. Con esta finalidad en el interior de la celebración se multiplican las moniciones, se alargan las explicaciones, se convierte la homilía en clase de exégesis o de teología... A veces uno llega a tener la impresión de que en no pocas celebraciones el que preside —y los otros que le ayudan a dirigir al pueblo— aprovechan la celebración para hablar tanto más cuanto menos saben lo que deberían decir. Y este ambiente de palabrería, con frecuencia insustancial y siempre en todo caso impropio de una celebración, está muy lejos de invitar a la plegaria y de ayudar al logro de una celebración verdaderamente contemplativa.

Reflexionar al cabo de unos años de la reintroducción de las moniciones sobre el sentido de las mismas para devolverles su identidad propia es, pues, no sólo importante sino necesario y urgente. Esta es la finalidad que pretende un primer artículo —al que seguirán otros con idéntica temática— de la sección “Mejorar la celebración”.

En la sección “La voz de los Padres”, dirigida por A. Olivar, monje de Montserrat, H. Raguer, monge también del mismo Monasterio, inicia en este fascículo una interesante serie de artículos que se situarán también en la perspectiva de subrayar la identidad de la contemplación eclesial. Esta temática es, sin duda alguna, importante y quizá resulte nueva para más de una persona. En efecto, el hecho de que la reforma litúrgica, a través de la lengua vernácula, haya acercado las lecturas bíblicas al pueblo y haya insistido en la conveniencia de la homilía quizá ha creado, en algunos ambientes por lo menos, una especie de estado de ánimo que tiende a juzgar que toda palabra, por el mero hecho de que ahora se comprende, si habla “espiritualmente” es más o menos lo mismo. Así, a veces, por una parte se leen lecturas espirituales de todo tipo en el mismo lugar y contexto en que se proclama la Palabra bíblica y, por otra, —este segundo fenómeno es más frecuente— no siempre se sabe distinguir entre lectura “cristiana” y lectura “eclesial”. Desde luego resulta fácil ver que no tienen el mismo valor ni el mismo significado

—aunque la delimitación sea aquí más difícil y delicada— unos textos que han recorrido los siglos, sustentando el pensamiento de la Iglesia a través de las generaciones, que unas páginas escritas sólo como expresión del sentimiento cristiano de unos pocos fieles en un tiempo y lugar determinados. De los primeros debe decirse que contienen el pensamiento de la Iglesia —que son “eclesiales” en sentido fuerte—; de los segundos puede afirmarse, a lo sumo, que expresan el sentimiento de algunos fieles —que son simplemente “cristianos”. Sobre esta distinción entre lecturas cristianas y lecturas eclesiales —sólo éstas últimas tienen su lugar adecuado en la liturgia— hablaremos en otra ocasión. Digamos hoy únicamente que H. Raguer pretende centrar la atención de los lectores en algunos temas que, como “eclesiales”, figuran en las lecturas de la Liturgia de las Horas.

Por lo que respecta al material de la celebración digamos que se sitúa también en la línea de insistir en lo eclesial. No sólo porque orar por la evangelización de los pueblos paganos es también central de la Iglesia sino porque hacerlo a la luz de la palabra del Pastor universal es también “eclesial” en la forma. Leer la palabra del Papa en el interior de la celebración es, sin duda alguna, acentuar el carácter eclesial de la liturgia. Ello puede resultar significativo para todos, quizá especialmente para las comunidades contemplativas. P. F.